

"Quiero Ser un Héroe" y Otros Sueños

Vicente Byrd



Capítulo 1

QUIERO SER UN HÉROE Y OTROS SUEÑOS

Capítulo 2

Hay quienes piden un por qué.

Fue una noche de invierno, hace poco más de un año. Yo no podía dormir bien por las noches, porque sentía que todo estaba mal, y necesitaba publicar esta historia, para que todo estuviera un poquito menos mal.

<<Yo no estoy hecho para este trabajo —me dije—. Ni para este trabajo ni para ningún trabajo. Yo solo sirvo para escribir>>.

Ahora ya duermo mejor por las noches, y ya no necesito publicar esta historia, aunque aún así me gustaría guardarla aquí para compartirla. Y que la lea quien quiera leerla. Oh, ¡Y ojalá alguien quiera leerla! Alguien, quizá, que sienta el mismo vacío que siento yo. El vacío que solo un cuento de brujos y demonios puede llenar. Alguien que esté dispuesto a leer una historia de dragones y caballeros donde no salen dragones ni caballeros. Alguien que tenga ganas de reír, para no llorar, de las contradicciones y las injusticias que hacen de este mundo un lugar tan oscuro.

Alguien que se atreva a caminar en la oscuridad. Alguien valiente que sepa adentrarse en ella sin olvidar que ahí afuera, aunque sea difícil de creer, aún existe la luz.

PD: Son menos de doscientas páginas divididas en 36 cuentos cortos que están interconectados. Se lee rapidito.

19-03-2023

Capítulo 3

Vas a leer sueños

Pero en realidad no. Y es que los sueños, por más que uno lo intente, no se pueden leer y no se pueden traducir a ninguna lengua. No del todo, al menos.

Pero a la vez sí. Vas a leer sueños. Y es que los sueños, por más que uno intente entenderlos, son absolutamente contradictorios. Son ilógicos. Son un sinsentido. Y así es este libro. En estos cuentos he intentado plasmar los sueños más locos de Fabian Buster, y por ello te invito a dejarte llevar por la imaginación, para viajar a un mundo donde nada tiene sentido.

A un mundo donde todo tiene sentido.

Capítulo 4

ÍNDICE

MERCADOS

1. Tinieblas
3. Fabian Buster
4. Kimera 0: La Leyenda de Gwennfeld

SUEÑOS DE SANGRE

2. Sueño 1: No tengas miedo
3. Latinoamérica
4. Sueño 2: ¡Andate de acá!
5. Sueño 3: Jardín
6. Sueño 4: Canción de un solo acorde
7. Sueño 5: Eternidad
8. Sueño 6: Vilalluna

SUEÑOS DE LUNA

1. Sueño 7: El Temor de los Niños
2. Sueño 8: Transtorno de la personalidad
3. Sueño 9: Piromanía
4. Sueño 10: Fabian Puta
5. Sueño 11: Sin Rumbo
6. Sueño 12: Palacio Perdido
7. Sueño 13: Víspera

8. Sueño 14: La Amanida
10. Sueño 15: Las Puertas de la Luna
9. Sueño 16: La noche de los Kellr
10. Sueño 17: El Temor de los niños, parte II

SUEÑOS DE FUEGO

1. Sueño 18: La Reina
2. Sueño 19: Te irá mejor vendiendo manzanas podridas
3. Sueño 20 Mandriles, gibones y otros primates
4. Sueño 21: Janet's
8. Sueño 22 El Camino de la Estética
9. Sueño 23 El Bosque del Perdón
10. Sueño 24: Boda Infernal

SUEÑOS DE SOMBRA

1. Sueño 25: Las Cavernas Negras
3. Sueño 26: Nella
4. Sueño 27: La Princesa Encadenada
5. Sueño 28 Igualdad
7. Sueño 29: Fabian VS La Mujer sin Piernas
8. Sueño 30: La Esperanza no tiene piernas
11. Sueño 32: El Ladrón del Pan
15. Sueño 33: La Traición de Bash
16. Sueño 34: La Torre

17: Sueño 35: Tinieblas, parte III

ALBA

Capítulo 5

MERCADOS

Capítulo 6

TINIEBLAS

Y de un momento a otro, todo se convirtió en tinieblas, y en alguna parte se oyó un chillido metálico que resonó en todos los rincones de mi alma.

Ñiiiiii...Ñiiiiii...Ñiiiiii...

Sonaba como la rueda de una bicicleta en mal estado.

Capítulo 7

(Dejo esta página en blanco por si necesito usarla en el futuro. Continúa en la siguiente página)

Capítulo 8

FABIAN BUSTER

En el Mercado de los Tutoriales, el suelo es de asfalto y las tiendas son de plástico blanco, todas iguales.

—Por aquí, señor Ford —dijo un hombre de mediana edad, de pelo canoso. Iba vestido de traje y corbata, como es costumbre en el Mercado de los Tutoriales—. La 324 le va a encantar. En la 324, los tutoriales se venden como rosquillas.

—Pero ¿Es que acaso es diferente a las otras tiendas que me ha mostrado? —preguntó el joven Ford mientras se acomodaba la corbata.

—Es 3,52 centímetros más alta, y 2,31 centímetros más ancha.

—Vaya.

—Además está de oferta. 5% de descuento con el carné de socio, y por 200 dólares le damos una mano de pint-

—Oiga, Gomez, ¿Y esa tienda?— Interrumpió el señor Ford.

Era imposible pasársela de largo, y no solo porque era la única tienda de madera de todo el mercado. Estaba vieja y destartalada. La lona azul necesitaba unas cuantas manos de pintura. Y la trastienda...

La entrada a la trastienda era un agujero negro detrás de una cortina rasgada, al fondo, como una boca de lobo que quiere engullirlo todo.

—Esta sí —dijo el señor Ford—. Esta es mi tienda.

—Créame —dijo el señor Gomez, que se había detenido junto a él—. No lo es.

—Es perfecta —replicó el joven—. Necesitará unos cuantos arreglos, claro, pero es perfecta. Una tienda así atrae la atención de todo el mundo.

—Usted no lo entiende —dijo Gomez—. Si se pudiera comprar, ya lo habría hecho yo. Esta tienda está maldita. Es la tienda de Fabian Buster.

—No creo en esas cosas.

—Pero es que esta es la tienda de un brujo, señor Ford. Hasta no hace tanto, esto era un mercado de brujos. Lo llamaban: El Mercado de los Sueños, y la gente compraba sueños y pócimas y hechizos y otras cosas de brujos.

César notó que su acompañante había bajado el tono de voz, y miró a todas partes para ver quién los podía estar escuchando, a aquellas horas de la mañana.

Detrás de ellos, una vieja encapuchada los miraba. Se encontraba de pie junto a su tienda de plástico, removiendo y removiendo un enorme caldero. César no podía saber seguro que se trataba de que era vieja, pues no podía verle la cara, pero de algún modo lo sabía. Tampoco podía saber seguro que la senora los estaba mirando, pero no le cabía ninguna duda.

—No mires o te hechizará —susurró Gomez, obligándolo a mirar otra vez hacia la tienda de Fabian Buster—. Esa es Helena. Su tienda lleva aquí más tiempo que la de Buster. Ha tenido que ir renovándose con los años, y ahora cada vez vende menos cosas de brujos y más cosas de humanos.

—¿Ella conoció al tal Buster?

—No lo sé, ni me interesa —reconoció Gomez—. Lo último que quiero es meterme en los asuntos de los brujos.

—Me gustaría echarle un vistazo a esta tienda —dijo César Ford. Allí sus tutoriales sí que se iban a vender como rosquillas.

Sobretudo uno en particular, titulado: Aprende a Aprender en Siete Semanas. Los usuarios terminan el tutorial sabiendo cómo aprender cualquier cosa por su cuenta. Pronto ya nadie necesitaría tutoriales para tocar el piano o montar un mueble de IKEA, o para pedirle una cita a una chica. Pronto César conseguiría el monopolio de todo el Mercado de los Tutoriales, porque el único tutorial que necesitaba la gente sería el suyo.

—Lo siento, señor Ford —dijo Gomez—, pero yo no pienso entrar ahí. Yo sí que creo en las maldiciones. Mi primo Carlos se burló de una bruja una vez, y apareció muerto de un ataque al corazón a las dos semanas. Si quiere le dejo un rato con la tienda para que la mire usted, y yo me voy a desayunar. El precio es negociable, podemos hablarlo después.

—¿Tan peligroso es ese Fabian Buster? —preguntó César Ford—. ¿Qué era, un mago oscuro o algo así?

Gómez se encogió de hombros.

—La gente dice que Buster dejó una maldición antes de desaparecer, y que cualquiera que se meta en esa tienda no vuelve a salir. Pero hay muchas versiones de la misma historia. Hay quien dice que la maldición solo afecta a los avaros.

—¿Es que hay algún tesoro escondido en la trastienda? —dijo César, y los ojos se le iluminaron.

—Escondido no. Está bien a la vista, en ese mostrador de cristal. Lo llaman: Las Veintitres Kimeras de Fabian Buster. No te puedo contar la cantidad de brujos que han venido con sus sortilegios y sus pócimas a intentar abrir ese mostrador. Ninguno lo ha conseguido

—¿Nadie ha probado a romper el cristal con un martillo? —preguntó César, y Gómez soltó una larga carcajada.

—Tú prueba, si quieres —dijo.

Y se alejó.

El joven esperó a que Gomez se hubiera perdido de vista. Después miró hacia todos los lados, y comprobó que La Vieja, la tal Helena, se había marchado, dejando reposar su caldero. Era la oportunidad perfecta.

Las vigas estaban sucias y roídas, pero eso tenía fácil arreglo. Lo que más llamó la atención de César fue el mostrador de cristal, porque a través de él, vio algo que lo dejó sin aliento.

Había veintitres esferas que parecían tener vida propia. Flotaban en el aire como si respiraran, y brillaban como pequeñas estrellas. Cada una era de un color diferente, como bolas de un árbol de navidad. A César le pareció que una de ellas, de color verde musgo, lo estaba llamando.

<<Es como si fueran personas. O espectros. Son fantasmas de lo que nunca existirá, y a la vez sí que existen, tan vivas como yo. Incluso más>>. César no sabía por qué sabía todo eso, pero estaba convencido de que era cierto.

<<Además, estas esferas deben de valer un pastizal. Si consigo abrir esa vitrina, voy a ser rico>>.

Por una puertecita de madera se pasaba al otro lado del mostrador. Los estantes de madera estaban vacíos, y el suelo estaba lleno de cajas de cartón. César se agachó para observar un librito de cuentas, abierto por la

mitad. Allí estaban registradas las últimas ventas de Fabian Buster.

Kimera Estándar

1,95€

02-07-2021

Eso era lo último que se había vendido.

<<No me extraña que Buster desapareciera. Debió de cerrar porque se estaba muriendo de hambre>>.

César recogió el libro de cuentas y se lo guardó en el bolsillo. Después se puso en pie para seguir investigando.

Y cuando se puso en pie para seguir investigando, estuvo a punto de caer de culo, porque La Vieja se encontraba a cinco centímetros de su cara, esperándolo al otro lado del mostrador como si fuera una cliente.

Sus ojos verdes brillaban como las escamas de un dragón, y veían más allá del tiempo y las estrellas.

—Márchate, humano. No tienes nada que hacer aquí. Esto es asunto de brujos.

—¿Usted conoce a Fabian Buster? —dijo César, cuando se hubo recuperado del susto.

La Vieja siguió mirándolo con esa mirada penetrante, pero al ver que el joven no pensaba mover ni un músculo, dijo:

—No. Y aún así le conozco mejor que la mayoría. Quizás le conozco mejor que él a si mismo. Como te conozco a ti, César Ford, que te vistes de traje y reniegas de tus raíces, y ni siquiera conoces tu verdadero apellido.

<<¿Quién es la vieja de mierda esta para hablarme así? —pensó el joven—. ¿Y cómo coño sabe que soy adoptado?>>

—Supongo que usted sí conoce mi verdadero apellido —replicó, arqueando una ceja, y tratando de ser lo más educado posible—¿O solo asume que soy adoptado por el color de mi piel?

—No digas memeces, humano —dijo La Vieja—. Y aléjate de esta tienda. Es la última vez que te lo digo. Incluso las brujas y los brujos le tienen

miedo.

—Pues yo no soy ni bruja ni brujo —dijo César Ford, aunque algo en la mirada de aquella señora le hizo pensar que era mejor hacerle caso.

Y quizás le habría hecho caso, de no ser por lo que pasó a continuación. Una esfera de color gris escapó de la oscuridad de la trastienda de Fabian Buster. Voló sin ser vista hasta la espalda de César Ford, y la atravesó.

César se sintió cansado, y los ojos se le cerraron un momento.

#

Vio unos ojos negros. Unos ojos negros como alquitrán, fijos en él como una serpiente fija sus pupilas en su presa. Había mucha ira en esos ojos. Muchas ganas de hacer daño. César se sintió como si hubiera cometido un terrible delito, y esos ojos estuvieran a punto de impartir justicia.

Los ojos desaparecieron, y en su lugar vio unos dedos. Eran largos y delgados. Huesudos. Se movían rápidamente en la oscuridad como las patas de una araña.

#

César abrió los ojos, sudando. La Vieja lo había estado observando mientras soñaba.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó el joven, que por primera vez estaba asustado—. Ha sido como...Como...

—Como un sueño —dijo La Vieja—. Creía que los humanos no soñabais.

—Sí soñamos —replicó él—. Pero tomamos mucho café, y dormimos muy pocas horas, y nunca recordamos nuestros sueños.

<<Excepto aquella vez —pensó César—. Aquella vez que tuve un sueño y sí me acordé de él. Había una playa y una mujer que cantaba, y muchas más cosas que no recuerdo, y yo era feliz>>.

La Vieja andaba en sus propias cavilaciones. Miraba ahora hacia César, ahora hacia la oscura trastienda, y a veces miraba hacia el cielo gris.

—Ha sido muy raro —dijo el joven Ford—. He visto... Se sentía como... Como si estuviera viendo algo que no debería estar viendo.

—Pues aplícate el cuento.

—He visto unos ojos. Creo...Creo que eran los ojos de Fabian Buster. Y he visto unos dedos. ¿Qué eran esos dedos? Me daban mucha grima. Mucha... Me daban ganas de irme corriendo a casa y abrazar a alguien.

—Solo ha sido un sueño, humano —dijo La Vieja—. No te creas todo lo que ves en sueños.

Y dicho esto, se marchó.

Sin embargo, César SABÍA que lo que había visto era real. Aquellos ojos eran reales. Tan reales como los suyos propios. Lo sabía. Lo sabía porque no era la primera vez que los veía. Los había visto antes, hacía mucho tiempo.

<<Pero, ¿dónde? Quizás fue en un sueño. Quizás fue en el sueño de la playa>>.

Era hora de marcharse. César sabía que tocaba hacerle caso a La Vieja y marcharse. Pero no pudo hacerlo. No hubo manera. Un fuego oscuro había nacido en su interior, y contaminaba poco a poco cada rincón de su alma.

La cortina rasgada le dio acceso a la oscura trastienda. Ya no eran suyos los pies que se adentraban en aquellas tinieblas, pues César había caído en un terrible hechizo. Se había convertido en presa de la maldición de un brujo.

Y no era el primero.

...ÑIIII...

Alguien ya lo esperaba al otro lado de aquel umbral. Se movía rodando eternamente en las tinieblas. A la escasa luz que se colaba por la cortina rasgada, César llegó a entrever la silla ensangrentada, y la carne destrozada allí donde tendrían que empezar las piernas.

Capítulo 9

SUEÑO 0: "QUIERO SER UN HÉROE" (Parte I)

Antes de la Guerra de los Kellr, Fabian Buster no era una leyenda. Era un brujo como cualquier otro. Vendía sueños que nadie compraba, y a veces soñaba con ser un héroe.

Y entonces, un día hubo un anciano señor que se detuvo a admirar sus sueños.

Llevaba un monóculo porque no veía bien de un ojo. Se detuvo amablemente con su túnica y con su corbata.

—¿Está tu padre o tu madre?

Fabian rió, pues ya estaba acostumbrado a que lo confundieran con un adolescente.

—Soy el dueño de esta tienda —dijo.

—¡Disculpa! ¡Pareces tan jovencito...! ¿Cuánto cuesta este sueño?

Y cuando Fabian vio el sueño de color verde musgo que le señalaba el Hombre de Monóculo, su corazón se llenó de alegría, pues se trataba de La Leyenda de Gwennfeld, y era la obra de su vida. Lo soñó por primera vez cuando tenía quince años, y llevaba nueve años soñándolo sin parar.

—Serán dos euros, señor —dijo con una sonrisa.

—¿Puedo soñarla entera primero, y si me gusta me la llevo a casa?

—¡Sí, claro!

A Fabian no le importaba el dinero. No le importaba en lo más mínimo. Aquel señor de monóculo y elegante túnica estaba a punto de conocer a Holly con su obstinada inocencia, a Enia con su obstinada experiencia, a Jet con sus locas, enfermas ganas de vivir... Para Fabian eran como viejos amigos. Tenía tantas ganas de presentárselos al mundo...

El Hombre de Monóculo cerró los ojos, y la leyenda comenzó.

#

—iiiRata inmunda!!!

Hanna Cuatro blandió su palo de amasar, destrozando sin querer vasos y copas de cristal.

El Ladrón del Pan era ágil y rápido. Esquivó los golpes de Hanna como si llevara haciéndolo toda la vida. Desde la larga mesa de la cocina, saltó al candelabro del techo, y allí se quedó colgado unos segundos.

Una sombra encapuchada. <<Una rata encapuchada, más bien>> pensó Hanna. Se había infiltrado en la Academia Militar 109 para sembrar el caos. Hanna Cuatro era alta y corpulenta. Podría haber sido soldado en vez de cocinera. Pero era cocinera.

Con un grito de guerra, lanzó el palo de amasar a modo de proyectil, directo hacia donde estaba el intruso, colgando del candelabro. Lo lanzó con muy buena puntería, pero no lo bastante rápido.

El ladrón se balanceó con agilidad, y aterrizó sobre una repisa.

Hanna corrió hasta él, y le atrapó el tobillo antes de que saltara por la ventana.

—iiiAyúdame, Millie!!!

La pobre Millie Cinco no pudo hacer más que aferrar sus escuálidos bracitos a la cintura de su compañera, y tirar con todas sus fuerzas.

Pero no fue suficiente. Con una coz en la frente, el intruso se deshizo brutalmente del agarrón de Hanna, derribando a ambas adolescentes, y saltó hacia afuera, aterrizando en el cómodo césped de una tarde tranquila y soleada.

—¡AL LADRÓN! —Aulló Hanna desde el suelo, mientras se palpaba la frente ensangrentada.

Afuera, en el patio, Kamil Tres fue el primero en oírla.

Kamil no era el más fuerte de la Academia Militar 109. Tampoco el más listo ni el más culto, pero era el más obediente de su curso, y por eso se había ganado un número 3 en la pechera de su uniforme.

En otros tiempos, Kamil Tres había sido Kamil Bast, pero de eso él no se acordaba. No había prácticamente un solo alumno en toda la Academia

Militar 109 que recordara su apellido.

—iiiLadrón!!! —Gritó Kamil Tres.

Y se lanzó, sin pensar, a la persecución. Pronto se le unieron Yili Cuatro, Francis Cinco y Sheyla Cin-

#

El Hombre de Monóculo abrió los ojos de vuelta, pues ya había visto suficiente, y La Leyenda de Gwennfeld regresó a su lugar.

—¿Qué le parece? —preguntó Fabian.

—No está mal —dijo dulcemente—, para ser un primer borrador.

Y se marchó sin La Leyenda de Gwennfeld, silbando una vieja canción.

<<No ha soñado ni un 2% —pensó Fabian—. Y no ha llegado a conocer a Jet ni a Enia ni a Holly, ni a Elmir ni a Alan. Ojalá pudiera controlar lo que pasa en mis sueños. De ser así, los habría hecho aparecer desde el principio>>.

Mientras Fabian pensaba esto, alguien dejó sobre su mostrador un folleto muy bien decorado.

Cuando Fabian vio el folleto, no se alarmó para nada, pues no era la primera vez que lo veía. Hacía una semana que los andaban repartiendo por el Mercado de los Sueños.

En el centro de la hoja, flotaba un brujo de aire en medio de un cielo precioso; mezcla de atardecer y anochecer, y salpicado de estrellas. En su mano sostenía un sueño, que más bien parecía una granada.

SOLO UN SUEÑO PUEDE ACABAR CON LOS KELLR. TU SUEÑO PODRÍA SER EL ELEGIDO PARA SALVAR EL MUNDO.

VEN A LA GRAN ENTREGA Y AYÚDANOS A COMBATIR ESTA AMENAZA.

SELECCIONAREMOS LA OBRA MÁS PODEROSA.

EL GANADOR SE LLEVARÁ 1.000.000 € Y LA POSIBILIDAD DE TRABAJAR PARA LA ACADEMIA.

MILES DE PERSONAS CONOCERÁN TU NOMBRE. MILES DE PERSONAS SOÑARÁN TUS SUEÑOS.

TE ESPERAMOS EN LA CAVERNA 52, PRADO DE LA DESOLACIÓN, TERCER INFIERNO.

<<Suenan a timo —pensó Fabian—. Pero ¡Ay, si yo ganara ese premio! Se resolverían todos mis problemas>>.

Y por más que tratara de evitarlo, no pudo dejar de imaginárselo. <<Miles de personas soñarán tus sueños... Y es que nos engañamos a nosotros mismos, diciendo "lo he soñado para mí". Pero no siempre es así. Todos queremos ser soñados por los demás. Todos queremos que nuestra voz se escuche>>.

Sin embargo, Fabian miró a su alrededor, y vio al viejo Sam, que vendía sueños y amuletos de muy buena calidad. Vio a la vieja Helena, que vendía sueños y pócimas de muy buena calidad. Ellos habían dedicado toda una vida a obtener productos de calidad.

<<No es para mí este concurso. Algún otro brujo lo hará. Alguien más sabio y con más experiencia. Y ese alguien se convertirá en leyenda>>.

Sin embargo, Fabián no tiró el folleto. En vez de eso, se lo guardó en el cajón.

Capítulo 10

(Dejo esta página en blanco por si necesito usarla en el futuro. Continúa en la siguiente página)

Capítulo 11

SUEÑOS DE SANGRE

Capítulo 12

SUEÑO 1: NO TENGAS MIEDO

Para todos los demás, era un día como cualquier otro. Para Fausto, y esto es importante, era su primer día en el aire. Cuando eres un Kiritino, la vida empieza cuando despliegas las alas.

Claro que eso siempre significa peligro.

—No te separes de mi, enano —dijo Ernesto, usando el ala para acercarse a Fausto hacia él.

Ernesto era el mayor. Sus plumas color cielo, fuertes y brillantes, contrastaban con la pelusilla pálida del pequeño Fausto. La columna ya se iba formando detrás de ellos dos: Más de veinte pichones del mismo color, aleteando a la vez como si fueran un solo individuo.

Los accidentes de tránsito no eran muy frecuentes en aquel lado de la jungla, pero cuando había un accidente, siempre era mortal.

—¡CRUZAMOS, AHORA!

Decenas de bandadas de aves, cada una de un color diferente, se movían por entre las copas de los árboles a velocidad supersónica. Salían de entre las ramas y las hojas, y viajaban en todas las direcciones: Abajo, arriba, hacia los lados, en diagonal, haciendo piruetas...El corazón de Fausto latía a toda velocidad. Daba la sensación de que iban a chocar en cualquier momento.

—¡PAULA, MÁS ABAJO! ¡JUAN CARLOS, MÁS ARRIBA! ¡FABRIZIO...!

Quien daba las órdenes era Julieta, la mayor de toda la bandada después de Ernesto. Llevaba bien agarrada del ala a su prima Sami.

—¡¡Fabrizio!! ¡¿Qué hacés?! —Rugió Julieta.

La carrera hasta el Árbol del Saber es larga y tortuosa, y una sola distracción puede ser fatal. Fabrizio volaba un par de líneas por detrás de Julieta, y no paraba de picotear con violencia a su primo Juan Carlos, que se sacudía una y otra vez para esquivarlo. Al ver la mirada gélida de Julieta, dejó lo que estaba haciendo.

—Empezó él... —Se excusó

—¡LOS OJOS! —bramó de pronto Ernesto—. ¡OJOS EN LA CARRETERA!

Apareció de la nada una bandada desorganizada de pájaros borrachos de color dorado. Venía haciendo esos hacia ellos. Los kiritinos frenaron en el último segundo.

Otras bandadas no tuvieron tanta suerte. Fausto vio en directo como un ave de color verde esmeralda chocaba contra uno de los pájaros borrachos. Vio como las plumas verdes quedaban flotando en el aire, como el cuerpo caía tieso y se perdía en la oscuridad de la jungla.

—¡Estúpidos! —dijo Ernesto con rabia, y después resolvió—:
¡DESCENDEMOS!

Cada grito hacía saltar el corazón de Fausto, por insignificante que fuera.

—¿Cómo, descendemos?! —dijo Julieta, que no estaba de acuerdo con su decisión. Pero ya era demasiado tarde.

Ya se dejaban caer hacia la parte baja de la jungla, menos transitada pero más oscura. Alguien le atrapó el ala a Fausto.

—Vení conmigo —Era Julieta En un abrir y cerrar de ojos, Fausto estaba en el centro de la bandada, junto a la pequeña Sami, que era un año mayor que él y era prima suya también. Estaban moviendo a los más pequeños al centro. Pronto se les unieron Juan Carlos y Fabrizio, bastante más mayores que ellos, pero no lo suficiente como para volar con los adultos.

—Y a mi ¿Por qué me ponen acá? —Protestó Yanina a gritos. Yanina era aún mayor que Fabrizio. Las rayas amarillas en el plumaje le daban un aspecto barrio-bajero.

—Te quedás acá —dijo Julieta, cortante, y regresó con Ernesto para seguir liderando la marcha.

Ahora volaban a ras del suelo, y apenas si veían por dónde iban, con tanta sombra. Sin que lo supieran, un coatí los observaba con sus ojos avariciosos. Su nombre era Melo, y tenía un negocio clandestino de compra-venta de huevos y crías de ave.

Pero por decisión de Julieta, todas las crías de la bandada kiritina volaban en el centro. En los laterales viajaban los adolescentes, con sus garras y picos afilados. Melo suspiró, sabiendo que era inútil enfrentarse a ellos. Pero tanto daba. Pasarían otras bandadas de aves, mucho más descuidadas, con crías que volaban torpemente a varios metros de los

adultos, y entonces...

A ras del suelo estaba todo muy oscuro, pero lo bueno era que avanzaban cada vez más rápido y sin miedo a ser atropellados. El problema empezó cuando se detuvieron porque se habían perdido un poco. Y la parte baja de la jungla no es un buen lugar para detenerse. Había lagartos enormes que se paseaban por la zona. Miraban a Fausto con ojos hambrientos, y le dedicaban miradas burlonas y asesinas.

—¡Maestro! —dijo una voz. Una lagartija de color anaranjado se acercaba a ellos, agitándose a gran velocidad, seguida de otras lagartijas de color anaranjado. Empezaron a dar saltitos alrededor de los kiritinos, barrándoles el paso y hablando todos a la vez.

—¡Maestro! ¡Maestro!

—¿Le puedo hacer una oferta que no le van a volver a hacer nunca en su vida?

—¡Maestro!

—¿Sabe que le puedo dejar esas garras como nuevas por solo diez pesos?

—No, gracias. No queremos nada —dijo Julieta—. Vámonos, Ernesto. Volvamos arriba antes de que esto se ponga feo.

Así que volvieron arriba antes de que las cosas se pusieran feas de verdad. Pero en aquella jungla las cosas eran bastante imprevisibles. Se podían llegar a poner feas en cualquier parte.

Aún así, Fausto sintió que lo peor ya había pasado. Los rayos del sol les llegaban cada vez más radiantes, y se respiraba una especie de calma. El caos de la carretera había terminado.

Pero el tránsito estaba parado. Esperaron más de quince minutos, detrás de una bandada enorme de color verde liláceo. Al poco apareció tras ellos una bandada de pájaros como cuervos, de color gris oscuro, con rayas de color sangre.

—Vermitanos —Escupió Ernesto en voz baja al verlos.

—Ni se te ocurra decirles nada —dijo Julieta. Pero no hizo falta que Ernesto dijera nada.

—¿Qué te crees que estás, en el área de servicio?! —dijo líder de los

Vermitanos con voz seca y potente—. ¡¡¡Móvete un poco, INFELIZ!!!

—Pero, ¡¿No ves que no podemos avanzar?! —Respondió Ernesto. Julieta lo agarró del ala.

—No. Digas. Nada.

Los Vermitanos se iban poniendo cada vez más nerviosos. Murmuraban y gritaban y se movían en círculos al rededor de ellos. Algunos empezaron a provocar a los Kiritinos que tenían cerca con insultos y empujones. Al fin y al cabo, los Vermitanos eran dueños de aquella jungla. Sus padres y abuelos habían comprado hasta el último de aquellos árboles.

—¡DALE, ABUELITA, DALE! —Rugió el líder Vermitano. No estaba enfadado, solo quería provocar a Ernesto y a Julieta—. ¡¿Que no les deja cruzar la calle mamá Kiritino?

Fausto sabía que la sangre de Ernesto estaba hirviendo. Pero él no dijo nada. Fue el joven Fabrizio quien respondió:

—¡¿POR QUÉ NO CIERRAN EL CULO Y VUELVEN A ESE TRONCO DE MIERDA DONDE VIVEN?!

La voz se oyó por encima de todos los sonidos de la jungla. El silencio que siguió fue sepulcral. El líder vermitano avanzó hacia Fabrizio, abriéndose paso a empujones. Los kiritinos intentaban en vano barrarle el paso.

—¡¿Qué me dijiste...?!

Tras él venían los demás vermitanos, nubes grises en un cielo azul.

—¡¡iFabrizio...!!! —Gritó Ernesto con impotencia. Él y Julieta se abrían paso entre la multitud para llegar al centro del conflicto.

—...Lo van a matar... —Susurró Julieta.

De mientras, Fausto se había quedado completamente solo, aislado del conflicto y un poco separado de la bandada.

—¡No queremos problemas!—La voz de Ernesto era un eco

—¡¿Cómo que no?! —Otro eco. Era la voz de Yanina—. ¡Yo sí quiero problemas!

La pelea comenzó, y se oyeron golpes. Fausto sintió como si lo golpearan a él, aunque se encontraba a metros de distancia. Toda su familia se había dispersado en una masa de color celeste y gris, y todos sus conocidos ya no eran más que gritos de rabia, dolor, angustia y

sufrimiento.

Y cada vez estaban más lejos de él. Y la jungla era verde y el cielo era hermoso, verdaderamente hermoso: naranja, turquesa y magenta a la vez. Como un paraíso. Pero la sangre que se derramaba era roja. Roja y sin sentido. Y Fausto era demasiado pequeño para ponerlo en palabras, pero si hubiera podido ponerlo en palabras, seguramente habría dicho algo así como: "Es la primera vez que veo el mundo y no me gusta nada. ¡No me gusta nada, este mundo!"

—Vení —dijo una voz, y alguien tiró de él, y lo llevó hasta la rama más cercana. Era su prima Sami, un año mayor que él, que se había mantenido al margen—. Vení conmigo. No pasa nada. No te asustes, Faustito. No te asustes...

No murió ningún Kiritino, pero ninguno salió ileso. Ernesto y Julieta habían perdido muchas plumas, y tenían el cuerpo lleno de heridas.

Quien más recibió fue Fabrizio, que apenas podía volar. Tenía un ala torcida y el pico roto. Le chorreaba sangre por todas partes y había quedado desplumado en algunas zonas.

—Jodete —dijo Ernesto cuando lo vio—. Por pelotudo.

Se detuvieron detrás de unos arbustos. Ernesto apartó una enorme hoja con el ala, dejando al descubierto una precioso y soleado prado de hierba verde. A lo lejos y al fondo, a casi un quilómetro de distancia, se podía ver el Árbol del Saber: Un sauce enorme, enorme, enorme.

—Bueno, ¡Vamos! ¿No? —dijo Yanina.

No esperó respuesta. Antes de que Ernesto pudiera reaccionar, Yanina ya volaba hacia el prado. Pero Julieta fue más rápida. La atrapó por la cola y la trajo de vuelta a la seguridad que ofrecía la vegetación.

—¿Me podés soltar? —Protestó Yanina—. ¡Estás muy pesada, hoy, Julieta!

—Mirá ahí —se limitó a decir Julieta—. Al frente. ¿Qué ves?

Fausto también miró. A lo lejos divisó un mamífero pequeño. Parecía una ardilla o un hurón. Flotaba en medio del prado como por arte de magia. Se retorció como si unos hilos invisibles lo ataran.

Fausto iba a preguntar, pero enseguida obtuvo respuesta. La luz del sol desapareció. Una sombra se cernió sobre el prado, y ocho patas hicieron su aparición. Todos los kiritinos contuvieron la respiración, tratando de no

hacer el mínimo ruido. Eran ocho patas marrones y peludas. Y enormes.

—Vamos a tener que rodear la zona—susurró Ernesto, y Julieta asintió en silencio.

Diez minutos después llegaban al primer día de clase con media hora de retraso.

—En la rama más alta estudian Ernesto y Julieta—Le explicaba Sami mientras el resto de la bandada se dispersaba hacia sus respectivas aulas—Vos vas mucho más abajo. Vamos, yo te llevo.

Y mientras las aves aprendían, unos monstruos mucho más temibles llegaban a la jungla desde el Norte. Con sus terribles máquinas iban deshaciéndose de los árboles, uno a uno. Pronto llegarían al Árbol del Saber y lo tirarían abajo, y después tirarían abajo el resto de árboles, por más dinero que hubieran pagado los Vermitanos para proclamarse dueños de sus ramas y sus raíces.

Pronto caería también el Árbol Kiritino

Al día siguiente, Fausto no fue a la escuela. Ni él ni ninguno de sus compañeros de bandada. A las cuatro de la madrugada ya había comenzado el revuelo. Los Kiritinos se movían de acá para allá, por todo el interior del Árbol Kiritino. Se movían a empujones por los pasillos y cargaban con un montón de objetos. Al ver a Fabrizio, Fausto le preguntó qué estaba pasando, pero cuando Fabrizio le explicó, Fausto no entendió nada.

—Dale, Fausto. ¿Todavía no te vestiste? —dijo su madre entrando a la alcoba.

—Ma...—dijo Fausto muy confundido —¿Qué significa "emigrar"?

—Es lo que hacemos siempre, hijo —dijo ella mientras corría las cortinas—. Siempre que el mundo se va a la reverenda mierda. Emigramos.

Capítulo 13

(He dejado esta página en blanco temporalmente. Sigue en la siguiente).

Capítulo 14

SUEÑO 2: ¡ANDATE DE ACÁ!

I

La chica no podía tener más de diecisiete o dieciocho años, y por su acento, Carlos dedujo que sería la hija de los dueños.

—¿Mesa para dos? —Ella no se había dado cuenta de que los dos oficiales no venían a comer.

Sonreía con cierta timidez. Carlos memorizó sus rasgos. Cara que veía, cara que se proponía recordar: Piel clara, bronceada. Rizos largos, castaño claro. Ojos soñolientos. Labios prominentes.

<<Sonrisa torcida>>.

—No hará falta —dijo Carlos—. ¿Están tus padres?

—Sí, pasad —dijo enseguida, y abrió la puerta del restaurante—. Eh... ¿Ha pasado algo?

—Nos han llamado por un altercado, aquí en el barrio —dijo Carlos, adentrándose en el local. Era la primera vez que entraba en el restaurante ¡Andate de Acá! Era un lugar bastante tradicional, con paredes de piedra y mesas de madera.

Detrás de Carlos entró David, más joven que él. Examinaron cada rincón, pero no había señales de pelea. En la mesa del fondo, dos hombres trajeados, de estatura media, hablaban bajito, cogidos de la mano y con las caras casi pegadas. Uno llevaba pajarita roja, y el otro llevaba pajarita blanca. Todo parecía tranquilo.

En la barra había un bote de algo. ¿Qué era? ¿Algún tipo de medicamento? ¿Pastillas?

—¿No habéis oído nada, por aquí? —Preguntó David amablemente a la camarera.

—No...

David siempre trataba a la gente en tono afable y cercano, pero la chica había contestado como si la hubieran acusado de ser la causante de la pelea.

<<Se está asustando, pobrecita>> pensó Carlos.

—¿Queréis tomar algo, mientras esperáis...?

—Sí, un vaso de agua, por favor

—Yo una sin alcohol, porfa— dijo David.

—Vale. Podéis sentaros en esta mesa, si queréis. Ahora voy a buscar a mis padres y os traigo las bebidas —Sonrió brevemente y se fue hacia la parte trasera a paso rápido.

Los dos oficiales se sentaron en la mesa indicada.

—Me parece que estamos perdiendo el tiempo —dijo David—. No sabe nada.

—Puede que no —dijo Carlos—. Pero yo creo que sí.

—¿Por qué?

—Cuando le he preguntado por sus padres, ha respondido enseguida. Ha dicho: <<Sí, pasad>>. Cualquiera otra adolescente se habría asustado, y habría dicho <<¿Qué?! Pero, ¿qué ha pasado?>>.

—¿...Entonces?

—Ya se esperaba esa pregunta, y estaba preparada para contestar con naturalidad. PERO... Enseguida se ha dado cuenta de su error. Y entonces sí, para quedar bien ha preguntado si ha pasado algo malo. Es lista. No es ninguna idiota.

<<Está encubriendo a sus padres. Los padres ocultan algo>>.

II

—Esto es una tomadura de pelo.

—Silvina, por favor...

Silvina Gardel tenía el pelo largo y liso, oscuro como la noche. Por sus venas corría la sangre de muchos pueblos, derrotados y olvidados, cuyos nombres nadie conocía. Pero ella nunca se dejaba derrotar.

Juan Carlos y ella elegían siempre la cocina del restaurante como campo

de batalla.

—“Transtorno Argentinita” —siguió protestando Silvina—. Pero ¡¿Qué es eso?! ¿Nos están cargando?

—Un nombre es un nombre, Silvi —trató de calmarla su marido—. No es ningún insulto, es una forma de decir.

—Pero ¿vos estás de acuerdo con esto? ¿Vos querés que tus hijos sean tres vegetales, drogados en la escuela para que no jodan?

—No tienen por qué tomarse las pastillas —le recordó Juan Carlos—. Sólo tenemos que decir que se las están tomando.

—Si, claro. Obvio. ¡Obvio que no las van a tomar! ¡Desde ya! Pero si les hacemos ir al psicólogo para curarse de un “Transtorno Argentinita”, va a ser como si estuvieran tomando pastillas. ¿No te das cuenta? Es un lavado de cerebro, ésto. En este mundo todo se soluciona con pastillas. ¿Por qué no les dan libros en vez de pastillas? Es una dictadura. Es una enfermedad. Es una dictadura para el alma. Acá nunca vamos a ser libres, Juan.

—La Argentina es una dictadura para el cuerpo —le recordó su marido—. ¿Qué preferís, una correa en el cuello o una pistola en la cabeza? ¿Cómo preferís ver a tus hijos? ¿Encadenados o muertos?

—No estoy segura.

—Pensá un poquito lo que decís.

—Lo estoy intentando. De verdad.

Juan Carlos suspiró profundamente.

—Silvi, son las reglas del juego. Y si no jugamos, vamos a llamar la atención. Y si llamamos la atención, vamos a tener problemas.

Silvina Gardel se mordió el labio hasta que empezó a salirle sangre.

—No podemos volver a Argentina —dijo Juan Carlos—. No podemos.

Cada vez que su marido le recordaba eso, a Silvina Gardel le venía la misma imagen: Un pasillo oscuro que parecía no tener fin. Un cuarto vacío al final del pasillo. Gritos. Golpes. Disparos. Súplicas. <<Quince años. Solo quince años recién cumplidos. Y su cuarto vacío. ¿A dónde se la llevaron? ¿A dónde se llevan a mi hija?>>.

—No. No podemos volver.—Dijo. <<No podemos volver a pasar por algo así>>.

Tragó saliva, y sintió que estaba tragando mierda. Odiaba... Detestaba profundamente que le recordaran lo que no podía hacer.

<<La A.S.H. juró protegernos. Juró protegernos durante 20 años. Y nos traicionó. Si volvemos a Argentina, lo primero que van a hacer es terminar el trabajo. Nos van a matar>>.

Y qué estúpidos habían sido al unirse a la A.S.H. Qué estúpidos habían sido al mudarse a Buenos Aires y convertirse en agentes.

<<Ojalá nunca nos hubiéramos movido de Bariloche>>. Ni siquiera Valentina, la mayor, había llegado a conocer ese lago y las montañas nevadas, los bosques verdes en verano...

—Que vayan al psicólogo —Aceptó Silvina Gardel, a regañadientes—. Pero nadie va a drogar a mis hijos. No lo voy a permitir. Eso por encima de mi cadáver.

Su marido la miró intesamente. Hacía veinte años que se conocían, y Silvina conocía de memoria todas sus miradas.

<<¿Y cómo vamos a conseguir, sin pastillas, que nuestros hijos dejen de actuar como serpientes de la cruz, salvajes y engreídas, listas para inyectar todo su veneno al primero que intente pisotearlos. Al primero que les roce siquiera la cabeza con el pie?>> decían los ojos azules de Juan Carlos.

—Un solo error y nos descubren, Silvina. Acordate de lo que te digo.

III

La puerta rebotó contra la pared al abrirse. Rebotó con tanta violencia que estuvo a punto de cerrarse sola.

Nahuel Di-Mucci fue despedido al interior del restaurante como un proyectil, barriendo el suelo y llevándose con él varias sillas. Chocó con la barra del bar, al fondo, y se quedó quieto unos segundos. Entonces se puso en pie, hecho una furia.

—iii¿Qué clase de pedagogia tienen ustedes dos?!!! —Tenía el pelo oscuro como su madre, y los ojos un poco achinados. Llevaba una camiseta

deportiva de rayas azules y amarillas, arrugada y sudorosa.

—¡SE NOS TERMINÓ LA PEDAGOGÍA, CON VOS! —Rugió Silvina.

—¿Dónde están tus hermanas? —dijo Juan Carlos.

—¿Y yo qué carajo sé? No me importa.

La cocina estaba desierta.

—¡Feli! ¡Valentina! —Juan Carlos fue el primero en entrar, seguido de cerca por su esposa y un dolorido Nahuel.

—No lo puedo entender, Nahuel. No lo puedo entender —venía diciendo su madre—. ¿Qué te dije que hagas cada vez que te den ganas de romperle los dientes a un compañero de clase?

—Respirar hondo —dijo Nahuel—. Como me dijo la psicóloga.

—¿Y lo hiciste?

—No. Estaba demasiado ocupado pensando que quería romperle los dientes a mi compañero.

Mientras hablaban, el padre de Nahuel seguía buscando a sus hijas por toda la casa.

—¡Feli, Valentina! ¡En diez minutos empieza todo!

—Se lo tenía bien merecido —prosiguió Nahuel—. Esta semana me tengo que quedar castigado por su culpa. ¡Es el hijo del director! ¿No te das cuenta? ¡Tiene a toda la escuela a su favor!

—No me interesa, Nahuel—dijo Silvina— ¿Sabés que no me interesa? El cupo de llamar la atención ya estaba cubierto, en esta casa. Por esta semana y para todo el año, y para toda la vida. A partir de ahora, quiero que seas invisible. IN-VI-SI-BLE.

¡CLING!

Silvina y Nahuel dirigieron la mirada al rincón de la cocina, donde estaba escondida una chica de dieciseis años, de pelo ondulado color castaño claro.

—La concha pu... —Susurró la chica, escondiendo su móvil, que era lo que la había delatado—. Hola mami...

En ese momento entró Juan Carlos a la cocina.

—¿Te escondés, encima?

Valentina miraba al suelo, prefiriendo no decir nada.

—Nos llamaron del colegio— dijo Silvina—. ¿Otra vez hiciste llorar a una compañera de tu grupo de trabajo?

—¡A mi también me hizo llorar el otro día! —dijo Nahuel, sólo para añadir más leña al fuego—. ¡Mirá la marca que me dejó!

—¡Callate vos, enano! —lo cortó Valentina—. Ni para esconderte, servís. Siempre te encuentran primero.

—¿Qué hay que hacer para que lo entiendas, Valentina? —Prosiguió Juan Carlos, haciendo caso omiso de la pelea.

—¿Y yo qué culpa tengo si mis compañeros son demasiado descerebrados para trabajar conmigo?

—Yo no puedo creer que a ustedes les queden ganas de protestar, después de lo que pasó la semana pasada. ¡NO! Ni me hablen del tema. No quiero volver a vivirlo —dijo Silvina mientras abría la ventana que conectaba la cocina con el restaurante—. Vayan a arreglar el desorden que hay ahí afuera. Y si alguno todavía tiene ganas de cagarnos la vida a todos, acá están las pastillas de la psiquiatra.

Las dejó caer con fuerza sobre la barra del restaurante.

<<Es un farol —Pensó Nahuel—. Tiene menos ganas de darnos esas pastillas que nosotros de tomarlas>>.

—Creo que no va hacer falta limpiar el restaurante, Silvi —dijo entonces Juan Carlos, que se había adentrado en la estancia y había prendido las luces.

En los cinco minutos que ellos habían estado discutiendo en la cocina, el enorme comedor había quedado como los chorros del oro. En el centro del local había un balde de agua y una mopa, y también una niña de nueve años, de pelo caoba y ojos azules.

—Pensé que alguien tenía que hacer algo con este desorden, de mientras... —dijo Feli tímidamente.

—Por este tipo de cosas es mi favorita—dijo en voz alta su padre.

IV

—Rajá de acá, enana —dijo Nahuel echando a un lado a su hermana pequeña. Ahora los tres se estaban peleando por poner las mesas.

—¡Ay! —protestó la niña, al tiempo que se abría paso para poner sobre la mesa vasos y cubiertos a la velocidad del rayo—. ¿Por qué sos tan violento conmigo?

—Mirá, pendeja... —dijo Valentina, que llegaba con los menús y el aceite—. No te hagás la superada, ahora, porque el cuentito de que querías ayudar no te lo cree ni papá. Sabemos perfectamente que lo hacés para que no te griten por la cartera que le robaste a tu maestra.

—¡¡¡No es culpa mía si soy cleptómana!!! —saltó Feli, y en sus ojos asomaron dos lágrimas.

<<Lágrimas de cocodrilo>> pensó Nahuel.

—Tomate la pastilla, entonces —le dijo—. A ver si así te baja la vena argenta.

Pero a pesar de la tensión, se respiraba una extraña calma. Quizás eran las luces tenues de la sala. Quizás era el hecho de que estaban los tres solos en la inmensidad del restaurante. Quizás eran los cuadros de las paredes: llenos de guitarras, de caballos, de gente sonriendo. Quizás eran las notas de 20 Years Ago de Astor Piazzolla, que salían de los altavoces.

<<Hace veinte años...>> Pensó Nahuel con tristeza, recordando un mundo que no había llegado a conocer.

Tocaron a la puerta. El primer cliente de la noche.

—¡Un momento! ¡Todavía no está abierto!

Eran dos jóvenes, elegantes y alegres. Sus trajes eran muy parecidos, pero uno llevaba una pajarita roja y el otro llevaba una pajarita blanca.

—¡Valentina, mi amor! —dijo el hombre de pajarita roja—. ¡Qué grande estás!

—Está enorme —corroboró el de la pajarita blanca.

—Soy tu tío Nico —dijo el primero que había hablado—. ¿No te acordás,

no? Yo soy el marido de Anabelle. ¿Te acordás de tu tía Anabelle?

Valentina no recordaba a ninguna Anabelle, y por eso les cerró la puerta en la cara con un golpe seco.

—¡¡¿Pero qué hacés?!— Gritó Nahuel.

—Salvarnos la vida.

Pero la puerta no se había cerrado del todo. Un zapato se había interpuesto.

—¡AL PISO! —gritó Valentina, y se dejó caer. Rodó por el suelo del restaurante y sacó del bolsillo una pistola nueve milímetros.

Y entonces: ¡BANG! Los dos hombres penetraron en el local y empezaron a disparar como si tuvieran munición ilimitada. Probablemente tenían munición ilimitada, de algún modo u otro. Además habían cambiado de cara. Ya no tenían cara de hombres alegres y bondadosos. Ahora tenían cara de póker, como si no hubieran sonreído jamás en la vida.

Valentina también disparó. La A.S.H. la había entrenado para ello, igual que a sus hermanos. Escondida detrás de una columna de piedra, se apresuró a cubrir la retirada de Nahuel y de Feli, que se arrastraban entre las mesas para llegar a la barra del restaurante.

Feli fue la primera en llegar, sana y salva. Nahuel no tuvo tanta suerte. Fue interceptado por el Hombre de Pajarita Blanca, que había escapado del fuego de Valentina y se había abalanzado sobre él con un puñal en la mano.

Nahuel notó que algo iba mal un segundo antes de que la hoja le atravesara la espalda. Rodó ágilmente por el suelo y se abalanzó sobre su adversario, obligándole a soltar el cuchillo. Pronto se vieron enzarzados en un combate cuerpo a cuerpo.

Mientras, Valentina no le daba tregua al Hombre de Pajarita Roja, que había refugiado detrás de una columna de ladrillos, a varios metros de ella. Cada vez que el hombre sacaba la mano para disparar, se veía obligado a retroceder por los balazos que disparaba la adolescente.

—¡AHHH! ¡AH, LA PUTA MADRE!— Gritó cuando Valentina le acertó con una bala en la mano de la pistola.

—¡JA! —dijo triunfante la muchacha, y sin perder un segundo, dirigió toda su atención al otro hombre y a Nahuel, con el tiempo justo de ver cómo

terminaba el combate entre los dos.

Por un momento, Valentina creyó que su hermano iba ganando, pues el Hombre de Pajarita Blanca apenas si tenía tiempo de parar los golpes veloces de Nahuel. Sin embargo, el Hombre de Pajarita Blanca no hacía más que jugar con el chico para agotar sus fuerzas.

Y cuando Nahuel estuvo bastante agotado, su adversario lo agarró de los pelos y le estampó la cabeza contra la barra del restaurante.

Solo entonces recuperó su cuchilló del suelo, y lo levantó por encima de su cabeza para acabar con la vida de Nahuel Di-Mucci.

—iiiQUIETO!!! —Rugió Valentina, apuntando a Pajarita Blanca con su arma.

—iQUIETA! —Rugió otra voz. Era Pajarita Roja, que se había recuperado y ahora salía de detrás de la columna de ladrillos, apuntándola con dos pistolas a la vez.

Y una tercera voz dijo:

—iVALENTINA, AGACHATE!

Era la voz de Feli, y esa fue su manera de anunciar que había llegado la caballería.

Y otra vez: iBANG! iBANG! iBANG! iBANG! iBANG! iBANG! Cuando Valentina se agachó, sus padres salieron de detrás de la barra y dispararon sin descanso.

<<No van a tocar a mi hija. Otra vez no>> pensó Silvina.

Recordó la habitación vacía. Recordó sus propios gritos, y los de su marido: <<iiiDECIME DÓNDE ESTÁ, DECIME DÓNDE ESTÁ MI HIJA!!!>>

Recordó la persecución infinita por la avenida, tratando de alcanzar esa furgoneta negra donde se llevaban a Valentina... Eso cuando consiguieron escapar de los agentes de la A.S.H., que habían entrado en plena noche.

Recordó los golpes y las amenazas, las cuerdas y las torturas. Los gritos de Nahuel. Las lágrimas de Feli mucho más tarde, por haberle abierto la puerta a un extraño.

Y mientras su madre disparaba y recordaba, Valentina rodó por el suelo hasta Nahuel, y arrastró su cuerpo inconsciente para esconderlo detrás

de una columna de ladrillos.

De repente, y sin darle tiempo a reaccionar, Pajarita Blanca apareció detrás de ella, tapándole la boca con una mano, mientras trataba de apuñalarle el vientre con la otra.

La muchacha dejó caer la pistola, pero solo para poder tener las dos manos libres. Agarró firmemente la mano que sostenía el puñal, y empujó todo el cuerpo de Pajarita Blanca por encima de su cabeza, haciéndolo aterrizar dolorosamente en el suelo del restaurante.

Ella ya se disponía a atarlo y amordazarlo, pero Pajarita Blanca llevaba una pequeña pistola en el bolsillo. Con un ¡CLICK! Le quitó el seguro, y con otro ¡CLICK! Disparó.

¡BANG!

Y Valentina sintió que su brazo estallaba en mil pedazos, y mientras caía de rodillas, se preparó para el segundo "BANG", que iba directo a su cabeza.

Pero el segundo "BANG" no llegó a sonar. En vez de eso, una daga surcó el aire. Este puñal era propiedad del Hombre de Pajarita Roja, pero Feli se la había robado en algún momento de la pelea. Feli era muy buena robando, y además tenía muy buena puntería. La daga dibujó una parábola y acertó en el pecho del Hombre de Pajarita Blanca, que se retorció en el suelo de dolor.

Una vez a salvo, Valentina recuperó su pistola del suelo y se reunió con su hermana pequeña.

—Feli, andá a la cocina y metete en el armario. El que vos y yo sabemos.

—No —dijo ella—. Yo me quedo acá.

Pero no había tiempo para discutir, porque oyeron el gemido de un hombre, y se vieron obligadas a mirar hacia el centro de la sala, y cuando miraron hacia el centro de la sala, desearon no haberlo hecho.

Había tres cuerpos en el suelo, en medio de una piscina de sangre. Solo uno se movía. El Hombre de la Pajarita Roja se incorporaba poco a poco. Tenía los dientes rotos y le chorreaba sangre por toda la cara. La mano de la pistola le tembló mientras apuntaba para descargar las últimas balas que le quedaban.

—Ni en tus sueños —dijo Valentina, apuntándolo con su arma.

Uno de los dos iba a tener que disparar primero, pero por suerte los interrumpió la voz de una vecina del barrio.

—¡Hola?! ¿Estáis todos bien? Hemos oído unos ruidos...

Los dos combatientes intercambiaron una mirada. Ninguno de los dos quería ser descubierto por la policía.

Cinco minutos después, dos oficiales de policía llamados Carlos y David recibieron una llamada.

—Una vecina dice que hay un tiroteo ahora mismo en la calle Miró, cerca del restaurante ¡Andate de Acá! —explicó David.

Carlos suspiró profundamente. Nunca había estado en el Restaurante ¡Andate de Acá!, pero el ambiente le daba muy mala espina. Y tenían pinta de ser ilegales.

<<A ver qué lío han montado esta vez esos argentinos>>.

Diez minutos después, les abrió la puerta una adolescente de pelo ondulado y sonrisa torcida.

—¿Mesa para dos?

V

Los Di-Mucci nunca sabrían seguro cómo había hecho la A.S.H. para encontrarlos en Barcelona, pero no era difícil hacer conjeturas. Sobretudo teniendo en cuenta lo que había pasado una semana antes del incidente.

—¿Silvina Gardel? —dijo el oficial—. Nos han llamado por unos gritos. ¿Está su marido?

—¿Traen a la guardia civil para preguntar por unos gritos? —dijo Silvina arqueando una ceja, tratando de aparentar normalidad mientras miraba al militar de arriba a abajo.

—¿Se han peleado usted y su marido?

—¿Mi marido? —dijo Silvina riendo. Por dentro estaba sudando tinta—. No, eso es imposible. Ha salido hace una hora.

Eso era una verdad a medias. Los Di-Mucci se habían peleado. La familia entera se había peleado, y Juan Carlos se había marchado dando un

portazo. Pero de eso hacía menos de cinco minutos.

<<Todo por unas benditas pastillas —Pensó Silvina—. Y por un móvil que robó Feli. Te los podés meter bien en el culo, Juan. Las pastillas y el móvil>>.

Por un segundo, al oficial de la puerta le pareció ver el rostro de una chica en la oscuridad del restaurante.

Era Valentina.

<<Yo no tengo nada que ver en todo esto —Pensó ella en la oscuridad, y se metió en la cocina sin hacer ruido—. Esto se lo buscaron ellos solitos, gritando así como animales>>.

—Señora, ¿Podemos ver su pasaporte, por favor?

—¿M-mi pasaporte? ¿No les sirve el DNI? —A Silvina le temblaron las manos.

—No. Necesitamos el pasaporte.

Los DNIs de toda la familia eran más falsos que un billete del Monopoly, pero pasaportes en aquella casa no había ni uno. Ni siquiera uno de mentirijillas. Por primera vez en su vida, Silvina se había quedado en blanco. Lo único que se oyó fue la música de Spotify, que resonaba en todas las paredes del restaurante.

Y yo ahora mismo estoy muy enojado con la leyes de derechos de autor, que me impiden citar un solo verso siquiera de la canción que estaba sonando en ese momento. Porque esa canción que sonaba por casualidad, vean lo que son las casualidades, bien podría haber sido la banda sonora de los Di-Mucci, y de toda la Argentina.

—Señora, voy a tener que pedirle que me acompañe a comisaría —dijo uno de los oficiales, y una mujer llamada Silvina Garré cantó algo sobre “recordar”, y sobre la historia que se repite una y otra vez.

—Sus hijos también —dijo el oficial más joven.

—¿Qué hijos? —dijo Silvina, haciéndose la sueca.

—He visto a una chica antes, y he oído voces que venían de la cocina —explicó el oficial mayor—. Si no va a buscarlos usted, tendremos que ir a sacarlos nosotros.

—No —dijo Silvina, dominada por una fuerza interior que apagaba cualquier otro pensamiento. Una fuerza loca, borracha, que le impedía

obedecer —A mi háganme lo que quieran, pero a mis hijos ustedes no los tocan. Yo no voy a entregarles a mis hijos para que los toquen con esas manos sucias de milicos corruptos.

Ella no lo sabía, pero detrás de la barra estaba escondido Nahuel, escuchándolo todo y recordando. Recordando cosas horribles.

Una descarga eléctrica. Un dolor. Le recorría todo el cuerpo. <<Cuando te mate, le voy a hacer un agujero nuevo con mi pistola a la puta de tu madre>>.

Y mientras Nahuel recordaba, los militares seguían en sus tres cuartos.

—Señora, tranquilícese —dijo el oficial, abriendo más la puerta del restaurante y tomándola del brazo.

—¡NO ME TOQUES! —Ladró Silvina, deshaciéndose de él con un empujón—. ¡Ni te atrevas a tocarme!

<<Todos tenemos un indio dentro, Silvi, querida... —Eran las palabras de su madre, que ahora le sonaban lejanas—. Pero al mundo no le gustan los indios. En este mundo hipócrita y tóxico, no hay que dejar que el indio nos domine>>.

Ya intentaban ponerle las esposas, aunque no estaba siendo una tarea fácil.

<<No hay que dejar que nos domine>> Las lágrimas acudieron a sus ojos, y mientras Silvina lloraba, las esposas la apresaron. Ya estaba decidido todo.

O quizás no.

—iiiiNo toques a mi madre, animal!!!

Rápido como un jaguar, Nahuel corrió hacia ellos. Tenía trece años recién cumplidos, pero fue un rival bastante digno para el oficial que trataba de sostenerlo.

Silvina forcejó, aún con esposas y todo. No iba a permitir que se llevaran a su hijo también, aunque tuviera que morir en el intento. De un golpe seco, consiguió aturdir al guardia más joven. Nahuel cayó de lado, y mientras se incorporaba, Silvina fue a enfrentarse al oficial más mayor.

La mujer recibió tal bofetada que salió despedida hacia atrás y cayó de espaldas al suelo sin poder levantarse.

Nahuel sí que pudo levantarse, y al ver el golpe que había recibido su madre, el "indio" argentino se apoderó de él. Y dijo con voz ronca:

—Yo te juro que no la contás... —y se abalanzó sobre él, atestándole un golpe tras otro.

—...Nahuel, no... —dijo Silvina con un hilo de voz, escupiendo un chorro de sangre.

—¡NO LA CONTÁS! ¡¿ME ESCUCHASTE?! —El oficial no hacía más que recibir los golpes de Nahuel, absolutamente impotente—. ¡NO LA CONTÁS! ¡YO TE MATO! ¡¡¡TE MATO, HIJO DE PUTA! ¡TE MATO! ¡¡¡¡TE MATO, TE MATO, TE MATO!!!

Hay cien motivos por los que es contraproducente tener un hijo adolescente con trastorno argentinista en casa cuando viene la guardia urbana a arrestarte por ser un inmigrante ilegal, y éste es uno de ellos.

Ocho oficales más irrumpieron en el restaurante. Redujeron a Nahuel y a Silvina a golpes de porra y puñetazos. A Nahuel tuvieron que ponerle la cara contra el suelo para esposarlo.

Y mientras se llevaban a su familia, Valentina observaba fríamente, por una rendija de la puerta de la cocina. Tenía una mano en el pomo de la puerta y la otra la usaba para taponarle la boca a su hermana pequeña.

La comitiva se dispersó. Cuatro oficiales sacaban a Silvina y a Nahuel al exterior, mientras los otros cuatro registraban la cocina. No vieron a Valentina y a Feli, que en un abrir y cerrar de ojos se habían metido en el armario de la cocina.

El restaurante había quedado vacío, y no había nadie para oír las voces de Juan Carlos Baglietto y Silvina Garré, que seguían proclamando:

Si la historia la escriben los que ganan

Eso quiere decir que hoy otra historia.

La verdadera historia.

Quien quiera oír que oiga.

En la calle, Nahuel y su madre no paraban de resistirse y pegar patadas. La muchedumbre curiosa se había congregado en frente. Entre los curiosos se encontraban un hombre de pajarita blanca y un hombre de pajarita roja.

—¿Estos son los boludos que nos manda la A.S.H. a matar? —dijo el hombre de pajarita roja.

—Aún no estamos seguros —dijo su compañero—. Pero tiene toda la pinta.

En medio de todo el gentío estaba Don Ignacio, el señor que había avisado a la policía de los inmigrantes ilegales que habían estado toda la tarde gritando en el restaurante ¡Andate de Acá!

Y entre los curiosos había de todo. Había quien estaba de acuerdo con Don Ignacio y había quien no estaba de acuerdo con Don Ignacio. Pero todos le daban la razón a Don Ignacio.

—Todas las noches lo mismo, con estos argentinos —protestaba el pobre hombre—Son machistas, son violentos y gritan todo el día. ¡Ya está bien, hombre! Y a mi me caen bien, ¿eh? Yo no discrimino. Además, hacen unas empanadas buenísimas. No digo que no. Pero es que al final uno se cansa.

—Claro que sí, don Ignacio—lo apoyó una señora—. Si es que hay gente que tiene mucho morro.

—Y me da pena, ¿eh?—prosiguió Don Ignacio—. Si fuera por mi, yo retiraba la denuncia ahora mismo. ¡Si yo no les quiero ningún mal! Pero bueno, es que al final se lo han buscado ellos...

—Ya te digo —lo apoyó un señor—. Si es que esta gente se buscan los fregaos ellos solos.

—...Y no lo digo porque sean argentinos, ¿eh? —Se apresuró a decir Don Ignacio

—¡Nooo! ¡Es que no es porque sean argentinos! —Se apresuraron a repetir todos.

—Anda que no hay españoles que la lían, también —dijo una señora.

—Eso sí: También hay que decir que nosotros somos un poco más humildes —aportó un señor.

—Sí, bueno, es que la humildad no es una virtud de los argentinos —lo apoyó otra señora—. A veces, de verdad... Parece que se creen que la Tierra gira alrededor de ellos, no sé.

VI

En aquel momento, Feli y Valentina Di-Mucci se encontraban debajo de la tierra.

<<Han ganado —Pensó Valentina—. Allí arriba están ellos, y aquí abajo estamos nosotras. Han ganado, y nosotros hemos perdido>>.

En el armario de la cocina del restaurante había una puertecita secreta que daba a un pasadizo subterráneo, y gracias a esa puertecita secreta que daba a un pasadizo subterráneo, las dos niñas eran las únicas que salían ilesas de aquella aventura.

Feli se sentía más culpable que nadie. Al fin ya al cabo, los Di-Mucci habían discutido porque ella había robado un móvil. No era la primera vez que unos militares invadían el hogar de los Di-Mucci por culpa suya.

DING-DONG...El sonido aún le daba pesadillas por las noches. <<No le abras a quien no conozcas>> Decía siempre su madre. Pero Feli era demasiado impulsiva. Fue todo por su culpa: Valentina desaparecida, los agentes de la A.S.H. entrando en hordas, Nahuel torturado....

Y aquello también había sido culpa suya. Pero ahora ya había terminado. Ya terminaba todo.

—¡Nos vamos de acá! —dijo Valentina, agarrando fuerte la mano de su hermana.

—Vale, esperá. ¡Esperá!—protestó la niña—. Pero, ¿A dónde vamos?

—No sé. Lejos. A Francia. A Japón. A donde sea. Acá no nos quieren.

—Si nos quieren —replicó Feli, que con nueve años razonaba más que algunas niñas de quince—. Esos polis no, pero en la escuela todo el mundo nos quiere. Lo que pasa es que a veces nos comportamos como unos indios. Y a la gente no le gusta mucho los indios. Dicen que sí, pero no. Dicen que no discriminan, pero sí discriminan.

—¿Y a mí qué me importa lo que piense la gente? —dijo su hermana—. Mientras no me metan en la cárcel, a mi no me importa nada.

—Pero ¿Y mamá? ¿Y papá? ¿Y Nahuel?

—Que se jodan. Me dan igual. ¿Qué culpa tengo si son tontos? Nahuel siempre se busca líos. ¡Siempre!

—Es nuestro hermano —dijo Feli, y de pronto se detuvo, y Valentina tuvo

que tirar de ella, pero Feli se negó a seguir caminando.

—Feli... No vamos a volver. ¡Se terminó! ¡Esta historia se terminó!

—Valentina no paraba de tirar de ella, una y otra vez— Nos vamos. Nos vamos. ¡¡Nos vamos, Feli!! ¡¡¡Dale!!! ¡Nos vamos!

—¡BASTA! —Aulló su hermana—. ¡¡Se llevaron a mamá!!! ¿No entendés?

Y Feli respiró con dificultad. Se ahogaba. Se ahogaba. Se ahogaba en su propio llanto.

—¡¡YO QUIERO A MI MAMÁ!!!

El grito fue absolutamente desgarrador. Para Valentina, fue como si estuviera mirando El Grito de Munch, El Guernica y Los Fusilamientos de Goya, todo al mismo tiempo.

—¡...Quiero a mi mamá...! —sollozó.

<<Qué pendeja de mierda —Pensó Valentina, con los ojos llenos de lágrimas—. Siempre se sale con la suya. Siempre>>.

—Está bien—dijo—Está bien. Vamos a sacarlos de la cárcel. Primero hay que encontrar al idiota de papá antes de que lo encuentren los milicos. Después nos vamos a Lleida. Tengo un amigo ahí que sabe hacer pasaportes falsos. También sabe esnifarse un quilo de cocaína en una noche, pero eso no se lo digas a papá. Y nos va a salir caro. Muy, muy caro, pero...Si decimos que hoy mamá no tenía los pasaportes porque los llevaba papá en el bolsillo, que se asustó y reaccionó mal porque no los encontraba... Si decimos eso, capaz que no los encierren.

Más animadas, caminaron en silencio el resto del trayecto, excepto cuando Feli preguntó.

—¿Y por qué no podemos contar la verdad? ¿Por qué no podemos contarles toda nuestra historia? Ellos tendrían que entenderlo.

—Ay Feli. Nadie nos va a entender. Nadie nos va a entender nunca.

—¿Por qué no?

—Porque nadie nos escucha. Dicen que sí, pero no.

Capítulo 15

Capítulo 16

SUEÑO 3: JARDÍN

Si alguna vez fuiste de clase media en cualquier lugar de América, es posible que tuvieras una casa con jardín.

Nora Pastor y sus cinco hijos habían dejado de ser de clase media, y al no tener un céntimo para volver a casa, habían dejado de ser americanos.

Desparramados en un banco con un montón de mochilas, iluminados únicamente por una alta farola, parecían inmigrantes acabados de llegar a Barcelona.

Lazo lloraba, quizás porque al ser el más pequeño, podía permitirse ese lujo. Los ojos de Agustín, en cambio, estaban en llamas. Con diecisiete años, era el mayor de los cinco hermanos.

—Si alguna vez vuelvo a ver a papá —dijo—. Le arranco la cabeza.

Nella levantó la mirada, pero eligió no decir nada. Se encontraba sentada en el suelo, frente a Lazo, mostrándole sus libros favoritos en un intento por animarlo. En el banco, junto a Agustín, Federica sostenía a Lazo en sus brazos. Ella era muy distinta a Nella.

—Muy maduro lo tuyo, Agustín —dijo. Y eso que sus ojos también echaban chispas. A ella se le ocurrían torturas mucho más terribles para el hombre que había abandonado a su mujer como si fuera una prostituta, y a sus hijos como si fueran jarrones de flores.

—¿Preferís que le cante una canción? —Replicó Agustín, mirando a su hermano Matías, que se encontraba en el suelo con la guitarra. El muchacho rasgaba distraídamente las cuerdas, como si quisiera arrancarlas.

—Yo voy a componer una canción sobre papá —dijo Matías con una sonrisa diabólica.

Pero al ver la mirada fría de su madre; se lo pensó dos veces, y en vez de eso, sonaron los acordes de una canción de Spinetta.

—Vamos a volver a Buenos Aires, ¿No, ma? —dijo el mayor de los hermanos.

—¿Con qué dinero, Agustín? —Replicó su madre—. ¿Tenés 6000 euros a

mano, para prestarme?

Lazo dormía. Agustín lo envidió. Matías cantaba:

Juguetando inquieto en los jardines de un lugar

que jamás despierto encontrará.

—¿Y no vamos a volver... Nunca? —Preguntó Nella en voz quiebra, levantando la vista de su libro.

Su madre la miró severamente, y por un momento a Nella le resultó muy parecida a Mercedes Sosa.

—Lo que fuiste, ya no vas a volver a ser. Olvidate lo que fuiste, Nella. La vida es ahora.

<<Este es nuestro jardín, ahora —comprendió Nella—. Esa farola es nuestro sol. Las mochilas son nuestra hierba. La voz de Matías es el canto de los pájaros. Y mis libros son las flores>>.

Y Nella tenía flores de todas las nacionalidades.

Y cuando terminó su canción, Matías decidió tocar algo más animado. Tocó una canción española.